

Narcotráfico y justicia social

*Carlos Arturo Suárez Robledo **

1. UNA HISTORIA DE LAS VIOLENCIAS

La expresión de que la historia colombiana ha sido escrita con violencia, es usada como base de reflexión en torno de la supuesta barbarie o subdesarrollo del país. Se piensa en la historia del desarrollo colombiano y en la de la respuesta violenta, como una idea circular, en donde la violencia es producto del atraso económico y, a su vez, el atraso económico es debido a la violencia.

Se pasa por alto que el hombre transforma la realidad mediante el ejercicio de su voluntad, mediante su autoafirmación, en una dinámica de aprendizaje. En otras palabras, que para usar la violencia como expresión de cotidianidad, el hombre colombiano ha tenido que aprender. Ha tenido que compenetrarse con la respuesta violenta, con su dinámica individual y social.

La violencia, antes que enseñarse en las escuelas o en la televisión, se oculta detrás de los discursos y de las constituciones. Antes que codificarse en los lenguajes, se aherroja sobre la piel, penetra los cuerpos de los individuos y las colectividades, hace víctimas a los seres de la repetición infinita, de la respuesta no consciente, de la conducta cotidiana.

En su fuente, la violencia ha sido ligada a una expresión de los instintos primarios del hombre, del animal que está atrapado en su red de pensamiento; es la parte baja de lo humano; los pueblos que la practican son bárbaros y atrasados. También se considera que la razón del hombre es la razón de su violencia. Su saber-poder es el artificio de la guerra, es la capacidad de crear técnicas de muerte

* Miembro del colectivo "Ruptura".

y de sometimiento; es la parte grande de lo humano; los pueblos que la practican son pueblos industrializados y civilizados.

Las consecuencias del acto violento son múltiples sobre la realidad social colombiana. A pesar de esto, tan solo vemos las más protuberantes, las crónicas de atentados y de emboscadas, los muertos por sicarios, etc. También vivimos los grandes crímenes de la imprevisión, como el de Armero; o de las acciones militares del ejército y las guerrillas, como la toma del Palacio de Justicia. No nos percatamos, sin embargo, de aquellas mínimas violencias que dejan sus testimonios sobre las siquis y los cuerpos. De las huellas de la violencia cotidiana, menos visible pero más duradera.

Cuando abordamos la violencia en su dinámica, observamos múltiples prácticas que constituyen verdaderas culturas de violencia. Desde el hecho violento de la Conquista, pasando por las guerras de independencia hasta llegar a la constitución de las naciones, la violencia ha sido el eje de imposición de las razones.

Las violencias económicas, política, delincencial, estatal, étnica e individual, son los principales matices sobre los cuales se ha desarrollado el acontecer del hombre colombiano. Cada uno de estos con sus propias variantes, con sus propios actores, con su propia historia. Pero todos formando un entramado sobre la realidad diaria, que constituye la materia prima de nuestra verdadera historia.

A estas violencias se les sumó, en las últimas dos décadas, todo el impacto ocasionado por la penetración de diversos sectores de la población en el mercado de la marihuana y la cocaína, el cual logró constituirse en un elemento central de las condiciones de vida de los colombianos. Permisibilidad y corrupción señalaron las primeras épocas. Represión y nuevas formas de violencia refrendan los últimos tiempos.

Para entender la dinámica de la violencia a través de la historia colombiana, es necesario reconstruir el discurso institucional a partir de entender el acontecer colectivo más como un conflicto civil, como una batalla social, que como un contrato social.

Comprender que la formulación jurídico-política es una estrategia que permite la retórica de una república demoliberal, fundada en la soberanía nacional, la tridivisión de poderes y el sufragio universal, cuando al interior permanece una democracia cerrada, deformada a través del presidencialismo, que no es más que el predominio del quehacer del poder ejecutivo sobre el del legislativo y el del jurisdiccional. Que permite además concebir el desarrollo de nuestra historia en la paz de las Constituciones y el Estado de derecho y no en la cotidianidad del juego de los poderes, en donde la supremacía se define a través de las violencias.

2. LA AMBIVALENCIA ESTRATÉGICA DE LAS PALABRAS

El fenómeno del uso de sustancias por el hombre lo ha acompañado desde siempre. Usamos las sustancias con un fin, son un medio. Los fármacos o drogas han servido para múltiples fines, desde los curativos o paliativos, hasta los religiosos

o políticos. Al uso está aparejado el procedimiento, el rito, en estos se encuentra su control, su práctica constituye el conocimiento.

Sobre algunas sustancias se instauró un consumo, estas pasaron de ser medio a ser fin. Sobre ellas se elaboró un discurso fundado en la ilegalidad y para ellas se construyó un modelo de pervertido, vecino de los locos y pariente de los delincuentes.

Desde entonces proliferaron los contenidos en los significantes, la ambivalencia discursiva que permite mantener a las poblaciones informadas sobre el asunto, sin que esto les permita tomar conciencia del papel que juegan las sustancias que el hombre consume en su vida cotidiana.

La condición real, significativa y determinante de las sustancias que consumen las poblaciones, es la de haberse convertido en mercancías. A partir de algunas sustancias y algunos consumos, han sido edificadas rentables industrias que producen mercancías carentes de valor de uso.

Las drogas, legales o ilegales, convierten en realidad la utopía de la mercancía: poseer un elevado costo y desaparecer rápidamente, con lo cual surge nuevamente la demanda y se reactiva el mercado en forma continua. Su comercio mueve incalculables capitales, su existencia contribuye al mercado internacional de armas y, en general, a los comercios clandestinos del capitalismo mundial.

El vocablo "droga" ya no designa un conjunto de sustancias usadas en la medicina tradicional, a estas hoy en día se les denomina medicamentos; tampoco señala a las sustancias que consume el hombre como el alcohol, el tabaco, la cafeína o los sicofármacos, pues estos son unos tragos, un cigarro, un tinto, o simplemente las píldoras que receta un médico para dormir mejor, reducir el stress o adelgazar. La palabra ha dejado de ser un simple significante para convertirse en un mal lugar, un reducto de inmoralidad, perversión, comercio ilícito o ilegalidad.

El consumidor, ese que pretenden estigmatizar con el término de "farmacodependiente", aparece en la escena como un nuevo pervertido. Su ilegalidad parte de la ilegalidad de la droga que consume; ahí también radica su inmoralidad, en no consumir las sustancias que admite la sociedad.

Si se es etiquetado como farmacodependiente, se es objeto de los controles policivos, judiciales y siquiátricos. Si tan solo se tienen problemas con el alcohol, el tabaco o los sicofármacos, se acude al médico, a la clínica o a la casa de reposo.

Los efectos de las sustancias se definen de manera similar. Las drogas causan profundos estragos, mientras que las sustancias permitidas no son nocivas, pese a las miles de muertes causadas por consumo de tabaco o alcohol. Las características de las sustancias están determinadas igualmente por su ilegalidad, no por su estructura química ni por sus efectos sobre el sistema nervioso del consumidor.

Si las personas producen o comercian con las sustancias legales, se les llama empresarios o industriales. Si lo hacen con las drogas, suelen ser catalogados en dos grupos: si se es un traficante de país desarrollado y le ha prestado servicios al Estado, es un ciudadano inglés, norteamericano, italiano, alemán o francés. Casos ilustrativos de este grupo suelen ser William Jardine y James Matheson, quienes, luego de haber traficado con opio en la India y en la China, fueron elegidos miembros del parlamento inglés, o los italo-norteamericanos de la "Cosa Nostra",

Droga
als
Kampf-
begriff

del hampa organizada, como Lucky Luciano, quien fue sepultado bajo una lápida que dice: "...Salvatore Carmelo Luciano: Luchó en defensa del orden y la justicia, por la democracia y en defensa de los oprimidos. Socorrió a los pobres y solo hizo el bien. Prestó grandes servicios a los Estados Unidos, era *El Amor* ...".

Si se trata de un traficante dictador de algún país asiático o caribeño, es un aliado de los Estados Unidos para la defensa de la democracia continental. Si se es simplemente un traficante de un país subdesarrollado y se está involucrado con cocaína, se es un narcotraficante, el enemigo número 1 de todos los ciudadanos, el responsable de todos los problemas que ocurren en el país.

La droga, de otra parte, permite a los Estados Unidos desarrollar una política estratégica en los países centro y suramericanos: so pretexto de control de drogas intervienen en la economía y en los conflictos políticos de los Estados latinoamericanos. Son los intereses de los Estados Unidos, como país con la más alta demanda de drogas, los que determinan las campañas de represión que se realizan en los países productores.

La responsabilidad del problema del consumo al interior de los Estados Unidos es de los países productores, no de los intermediarios colombianos en el mercado de la cocaína ni de los distribuidores internos norteamericanos: las naciones pobres deben responder en forma íntegra por el problema del consumo de drogas. A estas se les hace objeto de presiones económicas —como el boicoteo del pacto cafetero— y se les hace víctimas de supuestas ayudas, que no consiguen sino endeudarlas más. Además, se crea en los latinoamericanos la necesidad de comprar armas para defenderse de enemigos fantasmales, y se les convierte en clientes del comercio internacional de armas de los países industrializados.

En no pocas ocasiones las naciones han tenido que vender su "soberanía procesal", permitiendo el actuar libre de agentes de la DEA, o ceder su soberanía jurídica al extraditar a sus nacionales o soportar invasiones militares de Estados Unidos.

3. LOS MERCADOS Y LAS GUERRAS

"... La guerra contra las drogas ... Esa maravillosa guerra contra un enemigo perfecto —lo suficientemente fuerte para movilizar toda energía de una nación, lo suficientemente débil para no ser nunca realmente peligroso— y así poder seguir la guerra mientras el sistema social necesite de una guerra ..." NILS CHRISTIE.

A) El opio

La *British Indian Company* estableció su monopolio sobre el opio en 1803. Para 1839, el aporte indio a la Corona inglesa estaba constituido en un 34% por el comercio de opio. Para 1875 alcanzó el 41%.

Personas como los mencionados William Jardine y James Matheson, trabaron relaciones con el hampa organizada y los burócratas corruptos de la India y la China y lograron cimentar inmensas fortunas. El primero de estos, ante la oposición

del virrey Li, de China, promovió, con el apoyo de Sir Henry John Temple Palmerston, las llamadas "guerras del opio". Inglaterra con sus barcos impuso a China la apertura de sus puertos al comercio con la Compañía Británica de las Indias.

Con los años, el mercado se fue centrando sobre la morfina y la heroína, sintetizadas a partir de la amapola de opio. En su comercio fueron interviniendo italianos y franceses. Posteriormente, y a raíz de la guerra de Vietnam, los traficantes fueron los propios soldados norteamericanos y los alemanes.

El comercio de heroína se fue extendiendo por todo el sudeste asiático. En él participó la Central de Inteligencia Norteamericana para ayudar a los países anticomunistas. Igualmente, participaron dictadores como el Sha de Irán y diplomáticos de países árabes.

El mercado de la heroína es controlado en gran parte por la mafia norteamericana, la cual invierte el producido en la economía legal y está presta a colaborar en la defensa de los intereses norteamericanos.

B) El alcohol

Con la prohibición del comercio y consumo de alcohol en los Estados Unidos —ley Volstead 1920-1934— se creó un mercado clandestino para su suministro ilegal. Personajes como Jimmy Torrio y Alphonso Capone fueron sus gestores. Este último, prevalido del sistema norteamericano de la libre empresa, controló durante mucho tiempo el mercado de Chicago. Su poder corruptivo penetró la policía, la justicia y la administración pública de esa ciudad.

Luego de cesar la prohibición, el crimen organizado penetró los sindicatos y la industria. Igualmente, ingresó en el tráfico de heroína, el cual llevaban a cabo a través de Cuba y ayudados por Fulgencio Batista. Prostitución, juegos ilegales y drogas serían desde entonces actividades propias del hampa organizada.

En la postguerra, y como contraprestación a los servicios prestados al Estado, varios jefes del crimen organizado, entre estos Lucky Luciano, fueron indultados por el gobierno norteamericano. Los Estados Unidos pactaron con su mafia siguiendo el lema de que era más peligroso el comunismo que el tráfico de droga.

C) La marihuana y la cocaína

Las prácticas contrabandistas que se tenían desde la Colonia, aunadas a la gran demanda del mercado norteamericano, constituyeron las bases sólidas para el comercio de la marihuana.

La materia prima se había afianzado en virtud de la importación que hiciera el gobierno en 1940. Era fumada y cultivada entre los habitantes del litoral pacífico. Desde allí y gracias a la publicidad de los Cuerpos de Paz de la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, penetró en el mercado norteamericano.

Los embarques a través de Urabá pronto fueron reemplazados por los cargamentos enviados desde la Guajira. La Sierra Nevada se conoció como la región más apta para el cultivo de una marihuana de buena calidad, en cercanías del mar y con posibilidades operativas para el aterrizaje de aeronaves, lo que permitía a los traficantes norteamericanos un transporte más fácil.

El negocio, sin embargo, duró poco. Una nueva marihuana, la californiana sin semillas, creada en los laboratorios de los Estados Unidos, empezó a ser cultivada en el interior de ese país. A ello contribuyó la permisividad de las leyes norteamericanas frente a la posesión de marihuana para el consumo personal.

El gobierno colombiano, además, utilizó la milicia para invadir la Guajira y persiguió y fumigó con paraquat las tierras en donde miles de campesinos cultivaban la marihuana, con la cual se enriquecían los contrabandistas colombianos y, fundamentalmente, sus socios norteamericanos.

El negocio de la droga mostró desde entonces las repercusiones que tendría. Muchos de los adinerados contrabandistas invirtieron en bienes raíces y los encarcelaron. Hacían actos ostentosos y zanjaban sus diferencias con la muerte violenta de sus adversarios.

El aparato jurídico dedicó gran parte de su quehacer al juzgamiento de aquellos sectores de la población primarios en la cadena del negocio de la marihuana, es decir, los más débiles: los pequeños cultivadores, los expendedores callejeros y los consumidores, quienes padecieron el rigor de las prisiones y a los cuales no se les tuvo en cuenta su estado de necesidad.

También se realizaron operativos militares para la localización de grandes cultivos. Y operaciones policivas de fumigación, con helicópteros de ayuda norteamericanos, con paraquat en los pequeños cultivos. El desfoliante altamente tóxico causó graves deterioros ecológicos y afectó a campesinos que se negaron a desalojar los terrenos invadidos.

Los resultados obtenidos por las políticas gubernamentales fueron precarios. Sin embargo, el dinero obtenido por el contrabando, junto con el producido por la bonanza cafetera, alivió la maltrecha economía colombiana y permitió un juego de guerra sucia a las actividades subversivas y guerrilleras.

Algunos de los contrabandistas de marihuana, los más hábiles —si tenemos en cuenta la teoría darwiniana—, se involucraron en la veta próspera del negocio: la cocaína. Un producto estimulante de alto costo y sofisticado que era apetecido por los ejecutivos de Norteamérica. Un mercado más reducido pero bastante significativo, en donde no había competencia y que prometía excelentes rentabilidades.

A estos pioneros se les fueron sumando amplias capas de la población. Aunque el mercado arrojaba los mayores dividendos para los compradores norteamericanos, las ganancias obtenidas pronto hicieron impacto sobre nuestra economía. El dinero irrigó los capitales privados y el sistema financiero. Llegó incluso hasta las iglesias y a las empresas deportivas. Podía decirse virtualmente que por las manos de cada ciudadano pasaba día a día dinero del tráfico de cocaína y muchos de ellos obtenían grandes beneficios.

Presionados o no por los norteamericanos, iniciamos una campaña represiva a tan difundida práctica. La estrategia norteamericana de controlar el tráfico de cocaína en los países productores como Colombia fue determinante para el diseño del nuevo plan.

A la confrontación de intereses económicos le dimos la denominación de "guerra". Y nos fuimos enredando cuando a nuestras cotidianas violencias de vieja data se les sumaron las violencias del narcotráfico, las autodefensas y el sicariato.

En el mercado de la droga lo cierto es que el control lo tienen los Estados Unidos, bien sea a través de los organismos internacionales o del hampa organizada de ese país, que maneja el mercado desde hace tiempo. Su política ha sido y será ser permisiva con el consumo en su población, hacer campañas de prevención a su interior; reemplazar los consumos por drogas producidas en dicho país, cultivarlas en su territorio y hacerles la guerra o presionar para que los gobiernos de los países latinoamericanos se la hagan, a aquellas personas que intervienen en su comercio y menoscaban su economía.

A esto debe sumarse el hecho de que el comercio ilícito de armas, producidas por los países industrializados, arroja cuantiosos dividendos en estos países de expresión violenta y donde crecen las desigualdades. Los ejércitos, las guerrillas, la delincuencia y los ciudadanos son clientes asiduos en el mercado de armas y tecnología de guerra.

4. VIOLENCIAS Y JUSTICIA SOCIAL

Entendiendo la vida cotidiana como un entramado de violencias, posibilitamos una comprensión más dinámica de nuestro desarrollo. Fuerzas que se imponen y términos jurídicos que pretenden dar el derecho. Anhelos de construir lo imposible, esa dulce mezcla de griegos y republicanos, a través de Bolívar ha sentido el hombre colombiano. Se ha extasiado, sin embargo, con los sonidos de bellas palabras con las cuales se mitigan el hambre y el sufrimiento, paliativos de un mañana mejor. En una majestuosa pero inválida administración de justicia que se fue convirtiendo en una causa más de violencia por su falta de recursos materiales, su incapacidad de operatividad y por la apatía de sus miles de funcionarios.

Una historia de Estado de derecho que se desmintió cuando fue objeto de las acciones bélicas del ejército y el M-19. Una historia de derechos civiles y políticos sobre una realidad de desigualdades e imposiciones, que día a día deja una estela de muertos y de desarraigados sobre nuestro territorio.

Culpar a una de las fuentes de la violencia de la violencia general, es como pretender tapar el sol con un dedo. Cada violencia tiene su presencia. Tiene su momento, su impacto sobre la colectividad. Endiosar a unos violentos sobre otros ha sido la estrategia de una clase política que no ha propiciado el desarrollo de formas alternativas de justicia, que nada ha hecho ni hará para resolver los problemas generados por la mala distribución del espacio urbano y rural y por la falta de un espacio político.

No ocultemos la falta de voluntad para construir las nuevas bases de Colombia, para edificar en nuestra tierra unas prácticas de la no violencia que sirvan como pesos para equilibrar la balanza de las desigualdades. No hemos edificado una administración de justicia que nos permita ritualizar nuestras batallas. No hemos decidido aún las normas que han de regir como colectividad nuestras necesidades vitales.

23